

AL MARGEN DE UN LIBRO NUEVO

LA POESIA PURA

Ha llegado recientemente a Madrid, donde puede verse en las principales librerías un volumen cuyo título ha de sugerirnos en alto grado a los poetas, primero; a los amateurs de los grandes problemas espirituales, después.

El libro se llama, sencillamente, «La poesía pura»; nada más y nada menos. Poesía; es decir, una de las más refinadas y exquisitas manifestaciones del arte. Poesía; el tenue reflejo de un fluido misterioso, que tiene el divino poder de comunicar esa exaltación sublimadora que nos eleva, siquiera por unos instantes, sobre la triste condición de seres humanos.

Entre los poetas españoles hay sin duda varios cuya obra resplandece con los destellos de la poesía pura. Más de un nombre viene a la pluma naturalmente. Pero estas líneas, mera impresión de una reciente lectura, deben terminar aquí. Sólo a críticos autorizados corresponde el derecho de juzgar entre las frondosidades del tema aludido.

es un peso de inmortalidad sobre el corazón. Todos, ciertamente, hemos podido sentir en el alma ese peso de algo sobrenatural, un goce doliente, silencioso a veces, obligándonos otras a dejar en la blancura de una cartulina la débil huella de nuestra profunda emoción.

Los poetas son los llamados a enseñarnos algo sobre este asunto. ¿Qué interesante resultaría una encuesta en que las primeras figuras de la poesía española recorrieran el velo que cubre los misterios de la inspiración, dejándonos entrever algo de sus escondidos encuentros con la poesía pura!

Henri Brémont ve en Paul Valéry—poeta a pesar suyo, es decir, pese a su afán de claridad, de intelectualismo y razonamiento—, el escritor en el que con más frecuencia aparece el fenómeno de la poesía pura, sin que la entorpezca su forma verbal, la envoltura externa del verso.

Entre los poetas españoles hay sin duda varios cuya obra resplandece con los destellos de la poesía pura. Más de un nombre viene a la pluma naturalmente. Pero estas líneas, mera impresión de una reciente lectura, deben terminar aquí. Sólo a críticos autorizados corresponde el derecho de juzgar entre las frondosidades del tema aludido.

Estimada de CHAMPOURCIN



D. Ramón del Valle-Inclán, cuyo último libro «Tirano Banderas» es el suceso más saliente de la actualidad literaria

MEMORANDUM

EL GRAN ÉXITO DE «TIRANO BANDERAS».—Apenas publicada la última novela de D. Ramón del Valle-Inclán, que tan afanosamente esperaban sus lectores asidos, está en vía de agotarse la primera edición, y en reimpresión ya la segunda. Aunque la República de Santa Fe de Tierra Firme, donde el autor sitúa la acción tremenda de «Tirano Banderas», no tiene límites conocidos sino en el mapa moral de la América Española, la gran idea satírica que de su lectura se desprende ilumina con el poderoso concepto del arte tantos sucesos históricos que el lector de periódicos no acierta a discernir en el telegrama o el artículo de simple información. El humor grotesco de los mejores «Esperpentos»; el aliento trágico de las «Comedias bárbaras», en el escenario magnífico de la «Sonata de Estío», y la fuerza narrativa de «La guerra carlista», atribuyen, sin duda, a «Tirano Banderas» la excelencia de obra culminante entre las más famosas de la pluma maestra de Valle-Inclán.

SUARÉS Y CHARLOT.—André Suarés, el célebre escritor francés, se ha permitido opinar en contra de la opinión unánime que reconoce en Charlot la invención cómica más grande desde Arlequín hasta nuestros días. Escritor enamorado del medio de expresión propio de su arte, André Suarés denigra el cine negándole toda categoría artística, y lo que es más, achacándole gran parte del materialismo de los grandes públicos de hoy. Por castigar, en fin, el sentimentalismo de Chaplin ha llegado a decir que Charlot «tiene su corazóncito», en efecto; pero «innoble».

Ello ha suscitado en París viva polémica. El propio «Comedia», donde Suarés ha despotricado contra el cine en la figura de su mayor representante, ha querido insertar algunas respuestas a semejante ataque: «El materialismo moderno—dice un admirador de Charlot—es un hecho que preocupa hoy día a todos los inteligentes. Y hay que combatir a la materia con sus propias armas. Los grandes artistas de nuestro tiempo se han dado cuenta de esa necesidad. Entre esos artistas hay que colocar en primer término a Charles Chaplin. En primer término débelo en mucha parte, es verdad, a la gran expansión del cinematógrafo. Pero nadie se ha servido de esa expansión tan plenamente como él. Y en ello hay que distinguir dos factores extraordinarios: la grandeza de su corazón y la de su inteligencia, que ha podido elevar ese nuevo modo de expresión a la potencia de su corazón para reflejar su imagen».

Una admiradora, en cambio, se muestra harto más irritada: «Dice usted, señor Suarés: «¿Qué he de hacerle si ese arte me horripila y ese tipo me disgusta? Nada puede hacer, en efecto; ignoro cuál pueda ser su tipo de usted, porque no he podido leer más que un libro suyo; pero estoy segura de que el montón de libros por vender que pueda usted dejar no producirá jamás en el alma de un hombre la impresión que una sola imagen de Charlot.»

QUESTION DE ESTILO.—Sabido es el poco o ningún interés que tienen para Pío Baroja las cuestiones de estilo:

—Yo no siento eso que dicen de la música del idioma—repeta hablando familiarmente con un amigo no hace muchos días—Leo y he leído siempre sin alzar la voz y sin representarme, al leer en voz baja, el sonido de las palabras. Tanto es así que cuando de muchacho leía un folletín y me decía alguien: «No sé cómo puedes, tan mal traducido como estás, no sabía bien lo que quería decir aquello. ¿Por qué dirán que está mal, me preguntaba, si yo lo entiendo? A mí lo mismo me da leer en francés que en español, a pesar de que el francés no lo pronuncio bien.»

¿Quién que haya leído unas cuantas páginas de Pío Baroja no echará de ver, pese al menosprecio de toda gramática, su manera peculiar de escribir?

¿Quién puede negar que Pío Baroja tiene estilo personal y, por lo tanto, literario?

ACTUALIDAD ARTÍSTICA FRANCESA

EL SALON DE LOS INDEPENDIENTES

(1927)

I

El 35 Salon des Indépendants ha abierto sus numerosas y bien nutridas salas, habiéndole sido concedidas las primicias de la primera ojeada inaugural, que es la más sabrosa al decir de muchos, al actual ministro de Instrucción pública, señor Herriot. No sabemos a estas fechas de qué color es la opinión de tan ilustre prócer en lo que atañe a la cantidad y calidad de obras expuestas en este cada vez más concurrido Salón—aunque suponemos que no ha de faltar en ella el muy claro discernimiento que de todo elevado personaje es lógico esperar—; y así rogamos a nuestros lectores se conformen con la nuestra una vez más, en la seguridad de que nuestra opinión, aunque de manantial más humilde y de menos ruidosa corriente, no por ello ha de pecar de mal documentada y de negligencia en la exposición, ya que en lo que hace a su alcance, los primeros somos en convenir que no ha de ser ni muy finalizada ni con visos de infalible se ha de presentar.

Si nos atenemos al conjunto abarcado por nuestra primera ojeada—también nosotros nos permitimos ciertos juicios inaugurales—, la impresión primera que toma cuerpo y volumen en los aledaños de nuestro entender puede formularse, al refuir de la deducción de la síntesis, en el siguiente esquema, representativo no sólo del desarrollo circunstancial que rige la evolución artística, que siguen—por qué decir que inician—los jóvenes de hoy, sino en el estado general dentro del cual se precisan ahora las normas que imperan o han de imperar pronto en aquellos pintores, la mayoría, que tienden más a trabajar, crear o fabricar para el público viviente y pagan que para los hombres de un futuro problemático, poco remunerador las más de las veces.

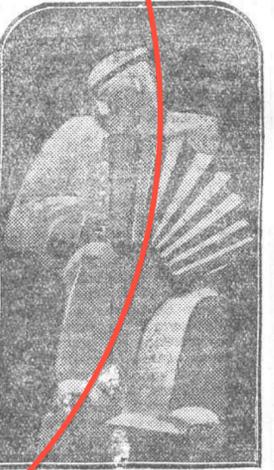
He aquí el esquema representativo de la pintura que nos ofrece el actual Salon des Indépendants: colores fuertes, pesados, poco o nada gráciles, más bien destinados a llamar furiosamente la atención de los incautos que a darnos la sensación de un temperamento robusto y un tanto exaltado; con la franca ayuda de estos materiales, un regreso brusco a la anécdota callejera que vuelve a ponerse elegante—lo que hace el dinero bien repartido—, al humorismo abigarrado de las revistas populares y al carnavalesco cortejo de tipos castizos, de perros y gatos expresivos, de flores y frutas simbólicas y demás aportaciones no muy caras. Esto por lo que se refiere a un determinado sector, desgraciadamente el más numeroso.



Pierre Berjole.—«Rugby».

Circunscribiéndonos al grupo de los verdaderos pintores—cada día más escasos, según los rumores que se levantan de la parte de los pirritados—, observamos una decidida orientación hacia un romanticismo depurado y selecto, un marcado alejamiento de la esclavizadora realidad, un acentuado recordatorio precursor de una nueva y quizá favorable reacción contra el purito groseramente imitador que distinguía la producción artística de los pasados años.

Por desgracia, unas y otras obras, las buenas y dignas de ser admiradas y las malas, aparecen confundidas y revueltas en caóticas teorías. El resultado no puede ser más desastroso: los más pacientes exploradores terminan por extenuarse sin que les haya sido posible deleitarse ante un solo cuadro de positivo mérito o una escultura de efectivo valor. El número reducidísimo de obras enviadas dignas de ser consideradas como obras de verdad artísticas se halla diseminado y perdido entre las cuatro mil y tantas que componen la totalidad del Salón, en lugar de haber sido clasificadas y expuestas en alguna sala especial. De seguro que así las defeciones serían menos numerosas y sensibles y



J. Martel.—«Acordeonista».

el arte pictórico y escultórico ganaría mucho más. Claro está que las protestas levantarían densas humaredas, puesto que todos o casi todos se creerían con derechos a la preferencia. La distribución por orden alfabético salva no pocas responsabilidades.

Cerca de cinco mil envíos entre unas cosas y otras—pintura y escultura—se ofrecen a la curiosidad del público en las salas del Grand Palais. Más de dos mil expositores se encargaron de llenar el catálogo de este año. El pasado año contó hasta 2,065; el anterior, 1,871, y retrocediendo vemos que el número de participantes disminuye según nos aproximamos a la época difícil en que se constituyó el Salón o Grupo de Independientes, allá por el año de 1894, integrado tan sólo por 103 rebeldes.

Dejaremos para la próxima crónica el resultado crítico que nos merecen algunas de las obras expuestas, pudiendo adelantar desde luego la favorable impresión que en nosotros producen los trabajos firmados por Paul Signac, Pierre Bonnard, Henri Matisse, André Lhote, Metzinger... Gargallo, Gimond, Manés, etcétera, etc.

MARCIAL RETUERTO

París, enero.

MIEMTO

La casa Rieder—París—publica un nuevo volumen de su colección de «Maitres de l'Art Moderne», consagrado a Gavarni, el famoso pintor parisiense de la primera mitad del siglo XIX, cuyas deliciosas «Lorettes» y grisetitas, impregnadas de la elegancia romántica de aquella época, muy lejana ya al parecer, son célebres en la Historia del Arte. Monsieur André Warnod nos describe con mucho cariño la accidentada vida del gran pintor francés.

LA FERIA DE LOS LIBROS

«El hombre estúpido». :: Carlos Richet ::

La seguridad inesquivable de la muerte procura, sin duda, todo su más alto valor al dinamismo tenaz de la vida humana. Precisamente porque el hombre desde que nace sabe que está destinado a morir es admirable empuje hacia un más allá que está seguro de no alcanzar jamás. Esa es la raíz del heroísmo, y no abundaríamos muchos en ese terreno sin tropezar con el fundamento básico de las teorías carlyleanas.

Cierto; nada tan emocionante, con un puro sabor de emoción humana, como esa pugna constante con que el hombre atormenta, con el deseo de mejorarla cada vez más, su propia vida, que sabe ha de acabar en corrupción y ceniza.

Este es, sin disputa, el más alto timbre de su condición selecta. Esta es su gloria. Pero este anverso de grandeza tiene, partiendo del mismo inicial arranque, su reverso de miseria. El hombre, que se sabe condenado a muerte y aniquilamiento desde el nacer, tiene el estigma de la ignorancia y malgasta todo su brío y toda su capacidad en amorar, corromper, debilitar, encanallar todas sus facultades; en hacer de su vida algo despreciable, misérrimo, enfermizo, poniendo de su parte todo lo posible por apresurar ese final aciago por un sendero de miserias, dolencias y podredumbres.

Este último aspecto es el que ha sugerido indudablemente a Carlos Richet, el famoso profesor de la Universidad de París, su interesante y apasionante libro «El hombre estúpido», que, con muy atildada presentación, ha publicado, vertido al castellano, la casa Araluce, de Barcelona.

No hay que negar que el punto de partida de Richet es amargo en su contenido y pesimista en su rotundidad. Para él, el hombre da tan extraordinarias pruebas de ignorancia, que al «homo sapiens» con que lo clasificó Linneo hay que oponer otra clasificación del todo contraria: «homo stultus». La probanza de este aserto, que es el texto del libro, tenía desde luego graves peligros. El primero acaso no puede borrarse del todo: la natural aversión, la innata disposición contraria de todo lector ante una teoría que de tal modo hiere el orgullo del «homo sapiens» y tan rotundamente disminuye la dignidad humana. El segundo peligro, ligado estrechamente a éste, es el de la poca amabilidad de la lectura.

Carlos Richet ha tenido la singular fortuna de exponer de tal forma su teoría, que no sólo ha matado en absoluto este segundo peligro (la lectura es gratuita, sazónada de las anécdotas), sino que ha paliado considerablemente las consecuencias provenientes del primer peligro señalado.

A ello le ha conducido la seriedad científica, el método magistral con que ha expuesto sus teorías, aduciendo en cada momento, para probar de sus argumentaciones, las pruebas susodichas.

Examina en su libro el sabio profesor parisino todas las degeneraciones y todos los vicios a que voluntariamente se entrega el hombre con pertinacia culpable y suicida y extrae del examen de todos estos cuadros de degeneración las amargas enseñanzas pertinentes. Su rigor tiene, no obstante, en cuanto a científico, aureola de piedad.

Así este libro, cuyo examen confortaría exposición de teorías científicas y de estadísticas comprobadas, es un libro lleno de altísimo interés humano. Debiera aconsejarse, acaso obligarse, a la juventud su ahincada y reflexiva lectura.

«El turno»... «Lejos». :: Luis Pirandello ::

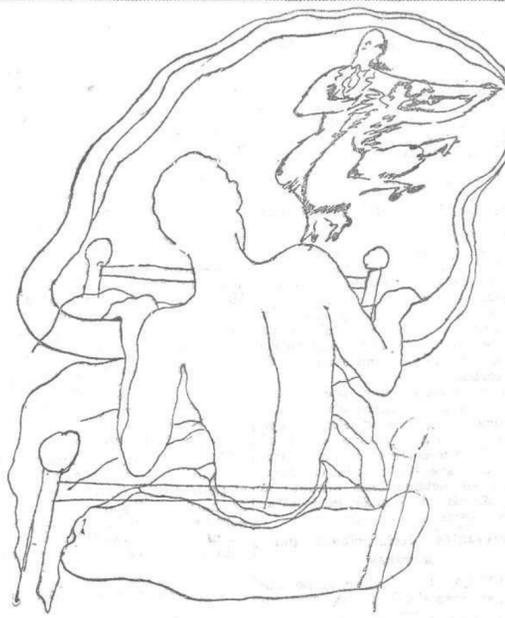
Quizá no se ha hecho todavía—y será justo decidirse a ello—el cabal elogio que merece la casa Editorial Sempere cumpliendo la publicación de todas las obras no dramáticas de Luis Pirandello, el siciliano paradójico.

La boga fácil y estrepitosa de su teatro, donde la falacia hecha plástica y el genio hecho ingenioso trastornan los valores, ha desviado la atención demasiado superficial de la otra literatura pirandelliana. Y, sin embargo, lo mejor, lo más auténticamente pirandelliano de Pirandello está en sus novelas cortas, que ahora publica la Casa Sempere.

Si no yerro, el volumen recién publicado es el séptimo de novelas traducidas al castellano que edita la mencionada casa. Comprende, correctamente traducidas por Luis de Terán, dos novelas de la juventud de Pirandello: «El turno» y «Lejos».

Ya esta circunstancia de pertenecer a la primera época pirandelliana procura a estas dos narraciones—expresivas y muy características por lo demás—un incentivo especial, un interés extraordinario.

Director: RAFAEL MARQUINA



Dibujo de Juan Cocteau para la edición ilustrada de su libro «Dialogos Inocentes».

Advierte el autor a guisa de prólogo: «Vuelvo a publicar intactas, al cabo de tantos años, estas dos novelas escritas en la primera juventud, tan diferentes entre sí, festiva la una, si no jocosa, y triste la otra; nacidas, sin embargo, casi al mismo tiempo y en lugares próximos, puesto que la primera pinta hombres y casos de la vida ciudadana y la segunda de la vida de mar, en aquel extremo de Sicilia donde también nació yo (no personaje de novela, desgraciadamente...)»

Y añade a continuación: «¿Quién sabe—he pensado—si algún día estas dos novelas, señaladamente la segunda, «Lejos», no parecerán, por lo menos en ciertos aspectos, bastante más dignas de consideración que muchos trabajos míos más maduros y ambiciosos?»

Sólo esta experiencia, tentadora como una promesa, bastaría a justificar el ansia del lector inteligente. Por lo demás, bien recompensada ha de hallarla. Las dos novelas que integran el volumen son dignos nuncios de la maestría que a lo largo de opimas cosechas literarias había de conseguir su hoy famosísimo autor.

Por eso, mientras aguardamos con anhelo la publicación de la casa editora el elogio que merece y al arte novelístico de Pirandello el comentario que sugiere, queremos señalar al interés del lector el último libro suyo publicado en castellano.

«Figuras de la Raza»

Desde luego, el intento, loable, honesto, cultural, es ya tan noble y bello en medio de la barahúnda y revuelo codicioso y zafio de literatura barata sin otro mérito que la impavidez de su estulticia y sin otra intención que el halago y el acicate de la baja concupiscencia, que harto merece la simpatía unánime y el apoyo sincero.

«Figuras de la Raza» es una bien cuidada y regida colección de biografías de los personajes que más gloria han procurado al mundo hispano, para decirlo con las mismas palabras de sus editores. Han tenido éstos, aparte el acierto de la buena presentación a precios módicos, el tino de no encerrarse para la elección de figuras y de biógrafos en un círculo partidista y doctrinario. Su eclecticismo es garantía de acierto, y su elección tiende a que cada «Figura» sea biografiada por quien ha podido sentir su euanimidad más cultivada por la comprensión.

Así, entre las «Figuras» ya publicadas está «Cánovas del Castillo», por Mariano Marfil; «Joaquín Costas», por Marcelino Domingo, y «Benito Pérez Galdós», por Roberto Castrovido. Las tres son modelo en su género. Algunas otras hay muy notables también, entre ellas «La emperatriz Eugenia», por Buenaventura L. Vidal, entre las diez ya publicadas. Se anuncian otras muy interesantes.

RAFAEL MARQUINA

«HERALDO DE MADRID» PUBLICA PAGINAS ESPECIALES TODOS LOS DIAS DE LA SEMANA, DEDICADAS A DEPORTES, LITERATURA, PELICULAS Y CINES, AGRICULTURA-GANADERIA, TURISMO Y TEATROS

DIALOGOS INOCENTES

EL DE DON JUAN Y DON PEDRO

Don Juan y don Pedro, como muchas tardes de estos claros inviernos cuya color es de paño, hanse encontrado juntos en la feria del Jardín Botánico gran cementerio vegetal, extinguido desde el Prádo hasta enfrente del Retiro en la calle de Alfonso XII. Ambos, don Juan y don Pedro, venían con sus respectivos perros demasiado, pero un discreto ceder hácenos, ya que no podía discrepar públicamente. Don Juan y don Pedro, por otra parte, que no es necesario discrepar en alta. Los dos son zorros vivos aunque don Pedro haya hecho casi terrible literatura agria desprecupada con frecuencia, que sabe don Juan, como otros chicos, que no es virtud ni hay fama en una agresividad abstracta colectiva, en un exabrupto volcán o contra un continente, cosa fuera ser agresivo simple y mostrar agresividad contra Fulanito de Tal. Claro es que sería chabacanería.

Don Juan.—Y nos solicita cual quiere decir que necesitamos nuestro nombre, de nuestro apellido...

Don Pedro.—¡Bah! Don Juan.—¡Bah! Usted bien apresuré a enviarnos unas cuantas palabras que así lo hiciera; usted unir al deber de favorecer un grupo inteligente y serio el placer de figurar como un laureado de las flores...

Don Pedro.—¿Y usted no daría? El momento es propio; puede verchar esas páginas juveniles. En fondo, estos chicos no crean que olvidado Castilla en la vorágine de las letras francesas. Aunque confiesen, les tira el casurismo polvo sobre las cosas, un fichero denado sobre una mesa de estriopañol próxima a una ventana lanolónica... ¿No ve usted que son hijos de notarios de pueblo jueces de primera instancia, de destos accionistas? Los veranos pasan en los pueblos dormidos quietos, bajo el canto de las cigarras y el sol que no abraza el corazón y calienta la cabeza fin y al cabo sólo han ido a una o dos veces; traducen penosamente y están hechos un lío cuando nombres que no han digno su ortografía exacta, con intención verdadera. Ahí los tienen preocupados ante el silencio bien administrado de Valery, el clasicismo de «Cruces» de Cocteau ante la prosa mazorrada de Proust finalmente imitando hasta en la pografía «Les Nouvelles Littéraires». ¡Pobres muchachos! en cada llevan la penitencia! ¡Mierdos hacen un nombre a deport de literatura parisina, esa maría se rie de ellos, siguiendo emándoles una mención y habiendo los toros de España!

Don Juan.—¡Ay, si al menos ocuparan de la Francia seria, o Francia de Molière, de Racine!

Don Pedro.—Pero hay que tener los como son. Ellos necesitan nuestro nombre; no han subido a una generación del 30 sin contar la del 98, y nos hacen acortados venes... Entre tanto, ¿quién nos cubrirá? Seremos intangibles.

Don Juan.—Eso sí, eso sí... Don Pedro.—Mientras la vereda juvenituda...

Don Juan.—¡Silencio! ¿Qué impresión es esa? ¡Que nadie le escuche! ¡Que nadie le escuche!

Y los dos chicos entran en la mera barahúnda de libros de mano...

CESAR GONZALEZ-RUA...